



II

Un día en que Mels, preocupado por la composición de su cuadro *El Motín* había salido temprano del taller y se paseaba por los bulevares, pensando en la figura de la pequeña florista que se esconde en el quicio de una puerta, espantada por la vista de los muertos y heridos, se detuvo súbitamente. De-

lante de él, á pocos pasos, harapienta, pero bonita con sus harapos, morenita y delgada, de aspecto miserable, una niña de catorce á quince años, vendía ramitos de violetas á los transeuntes. Llevaba una pesada cesta al brazo y sonriendo y con la mano abierta ofrecía su mercancía. Era la encarnación de su ensueño, la niña deseada que se presentaba espontáneamente á los ojos del pintor. La muchacha

le tendió un ramito, clavando en el transeunte sus azules ojos. El tomó las flores y dijo:

—¿Cuántos te quedan en la cesta?

—Veintiuno, señor.

—Toma, aquí tienes cinco francos. Ven y hablaremos.

Esta conversación se cruzaba en la esquina de la calle Duphot, á dos pasos de la oficina de los ómnibus de la Magdalena. La niña frunció las cejas, pero siguió á Mels. Cuando llegaron á la plaza, ante la fuente, el pintor examinó silenciosamente á la muchacha, como si estudiara ya la posición que la haría tomar, y luego le preguntó:

—¿Quiéres ganar diez francos cada día?

Esta vez la muchacha se encolerizó. Miró de soslayo á Mels y con una libertad de lenguaje que probaba la triste experiencia de la vida que aprendiera en sus correrías por París, exclamó:

—¡No señor! ¡Yo vendo flores! ¡No vendo otra cosa!

Mels se puso encarnado y en su noble cara se pintó la sorpresa y la indignación.

—Oye tú, tunantuela—dijo—¿por quién me has tomado? Quiero hacerte servir de modelo para un cuadro. Toma, aquí tienes mi dirección...

Y le echó su tarjeta en el delantal.

—Si te decides á venir, no faltes mañana á las diez en punto... Entretanto, guarda los cinco francos y tus ramos.



Y repuesto ya de su cólera, le dió un golpecito en la mejilla, y atravesando el bulevard á grandes pasos, se alejó. En la tarjeta, la niña leyó estas palabras: «Mels de Feutrait, miembro del Instituto, 140, Avenida de Villiers.»

Al día siguiente, á las diez, la doméstica de Mels introducía á la pequeña florista en el taller del maestro. Iba vestida de harapos como la víspera, pero limpia. Llevaba la cesta al brazo, únicamente que estaba vacía.

—¿Qué tal, muchacha, lo has reflexionado mejor?—dijo el artista.

—Sí, señor, y además la tía Bavoyer, mi ama, me ha mandado que viniera.

—¡Ah! ¿tu ama? ¿En qué se ocupa?

—En nada, señor. Vive de las ganancias que le llevo cada noche.

—¿Y qué eres tú de la tía Bavoyer?

—No soy nada, señor, más que su criada y su vendedora... Me recogió cuando me abandonaron mis padres.

—¿Qué edad tenías?

—Tenía dos años, señor, según me dijo ella...

—¿Te habrá mantenido, pues, con su trabajo, cuando eras pequeña?

—¡Oh! no, señor, la tía Bavoyer entonces mendigaba, y me llevaba consigo. Yo era la que pedía y la que lloraba.

—¿Cómo la que lloraba? ¿Por qué llorabas?

—Pues, para interesar á los transeuntes.

—¿Llorabas á voluntad?

—¡Oh! no, señor, pero sabía que si no hubiese llorado, la tía Bavoyer me hubiera pellizcado hasta hacerme sangre. Y entonces, lloraba de miedo...

Mels cruzó las manos con indignación.

—¡Infame bruja! ¿Y tú no te quejabas? En la calle hay siempre agentes de la autoridad...

—¡Oh! señor, me daban aún más miedo los agentes que la tía Bavoyer. Y si me hubiese quejado, sabía perfectamente que me llevarían al Asilo de Infancia... Y yo prefería mi libertad... Bien mirado, la tía Bavoyer no era mala conmigo. Cuando le llevaba una buena colecta, me trataba bien... Y algunas veces, me conducía los domingos á pasear á Saint Ouen... Allí mendigábamos en los restaurants... ¡Eran nuestros días de fiesta!

—¿Así, pues, la tía Bavoyer es quien te ha mandado que vinieras?

—Sí, señor, y me ha encargado que fuese obediente á todo cuanto me mandara usted, que no había de resultar nada que no fuera muy provechoso para mí...

Mels levantó los ojos sobre la niña al oír esas horribles palabras. Mas la vió sonriente, con la mirada natural y la frente pura. Comprendió que había repetido, sin malicia, las instrucciones de su ama. Tocó el timbre, y apareció su doméstica, la anciana Prudencia.

—Aquí tiene usted una niña harapienta, Prudencia. Después de almorzar irá usted á

un almacén de confecciones y le traerá usted algunas ropas decentes... Para mi cuadro, su traje es admirable; pero para la vida ordinaria, es insuficiente. Vamos, chiquilla, sube á la tarima con tu cesta... Ponte en esta posición... ¡Bien, la naturalidad es perfecta!... No te muevas... ¿Cómo te llamas, hija mía?

—Teresa, señor.

—Pues bien, Teresa, habla, eso te distraerá.

Y empezó á dibujar su personaje al carbón sobre una tela, mientras que la niña continuaba ingenuamente la relación de su vida, tan corta y ya tan llena de episodios... Llamábase Teresa Aufridi, y era hija de una italiana que servía de modelo en los talleres de la plaza Pigalle. En cuanto á su padre, ¡échale un galgo! Mels recordaba perfectamente haber conocido á la hermosa Aufridi que había servido de modelo, durante una larga temporada, á Puvís de Chavannes para sus frescos del Panteón. El día menos pensado desapareció. Algún amante la llevaría consigo, sin querer cargar con la criatura, y nunca jamás se habían sabido noticias suyas.

Entonces fué cuando la tía Bavoyer recogió á la abandonada en su tugurio de la calle Lamarck. La única afección que sintió Teresa, durante su infancia, fué para Celia Bazin, otra pilluela como ella, con la que jugaban en los arroyos de la plaza de San Pedro, y en los días de fiestas, celebraban grandes orgías de patatas fritas, que compraban en un cucuru-

cho de papel en la pequeña tienda de la señora Bonoin.

Celia era la que obsequiaba á su camarada, pues Teresa no había poseído jamás un céntimo, y hubiera considerado como una indelicadeza engañar á la tía Bavoyer en el producto de sus colectas. Por lo demás, tampoco lo hubiera logrado. La bruja tenía una mirada esrutadora que leía en la cara de su pensionista, y una nariz puntiaguda que olía los céntimos en los bolsillos. Y todo aquel triste pasado de la niña se desenvolvía poco á poco ante Mels, silencioso y atento á su trabajo. Hacía tres horas que dibujaba, sin descansar un instante, cuando tirando el carboncillo, dijo:

—¡Basta por hoy!

La niña, al bajar de la tarima, dió un grito de sorpresa. En la tela, en un dibujo vigoroso, firme, magistral, estaba ella con su cesta al brazo, su falda agujereada y sus zapatos rotos. En un ángulo de la tela se veían otras dos cabezas en actitudes diferentes, estudiadas por el pintor. Y en cada actitud, en cada expresión, estaba Teresa, palpitante de verdad y transfigurada por el talento del artista. La niña miraba, muda de admiración.

—¡Ah, señor!—dijo por fin, uniendo las manos como para orar;—me dará usted una de esas tres caras ¿no es verdad?

—Sí, hija mía, pero cuando haya terminado el cuadro.

—¿Tardará usted mucho tiempo en hacerlo?

—¡Oh! algunas semanas, por lo menos...

—¡Mejor!

—¿De modo que no te fastidias aquí?

—¡Oh! no señor. ¡Es tan hermoso eso que usted hace!

—Pues bien, volverás mañana. En lugar de trabajar tomándolo de mis estudios, trabajaré del natural; será mucho mejor.

Tocó el timbre y apareció Prudencia.

—¿Ha comprado usted lo que le he dicho para esta niña?—preguntó Mels á su doméstica.

—Sí, señor, todo está en mi cuarto.

—Llévese, pues, á Teresa consigo, y condúzcala luego vestida con su nuevo traje.

Teresa dejó la avenida de Villiers vestida como nunca lo había estado desde su nacimiento, refocilada con una buena merienda, y con una moneda de oro de diez francos en el bolsillo. La tía Bavoyer la acogió con transportes de alegría, la interrogó acerca lo que había ocurrido, se manifestó contrariada por la ingenua relación de Teresa, pero se consoló quitándole el dinero y el vestido nuevo. Al día siguiente, cuando Teresa volvió al taller, iba tan destrozada como el primer día y los zapatos que arrastraba con los pies eran más rotos y descocidos. Mels le dijo:

—¡Cómo es eso! ¿Y tu ropa de ayer?

Teresa prorrumpió en llanto y mostrando á Mels su fisonomía consternada:

—¡Ah! señor, la tía Bavoyer me lo ha qui-

tado todo y me ha dicho que cuatro trapos viejos eran suficientes para lo que tenía que hacer aquí.

—¡Está bien!—dijo el pintor sonriendo. ¡Vamos, sube á la tarima!

Llamó á su ama de llaves, y enseñándole la niña:

—¡Mire usted cómo nos la devuelven!

—¡Ah, Dios mío. ¡Es posible!—exclamó la anciana mujer. ¿Entonces, qué es lo que va á hacer el señor?

—Voy á comprarle otros. Vuelva usted al almacén, Prudencia. Pero en el caso de que se repita lo de hoy ¡veremos!

El día transcurrió como el anterior. Mels empezó á esbozar su figura, y después, haciendo vestir y merendar á su modelo, la envió á casa de su ama. Al día siguiente Teresa no compareció. Mels estuvo aguardándola todo el día, nervioso y disgustado. Por la tarde dijo á Prudencia, que se sorprendió al saberlo:

—¿Ve usted? hemos sido engañados. Aquella muchacha es una hipócrita y su dueña una picaronaza de la que aquella es cómplice. Podremos llamarnos dichosos si no nos ha robado nada durante su corta permanencia.

—¡Oh! no, señor, no falta nada.

—¡Ha sido una suerte! Por lo demás tengo ios estudios que he hecho con ella, que podrán bastarme. ¡Me cuestan dos trajes! ¡No lo siento! ¡La pequeña figura los valía!

Al día siguiente, quedó muy sorprendido

al ver entrar á Teresa, pero escoltada aquella vez por la tía Bavoyer.

—Ha de saber usted, señor—dijo la mendiga con voz melíflua,—que esta pilluela no quiso venir ayer á su casa y tampoco quería venir hoy. Después de lo que el señor ha hecho por ella, y de lo que está sin duda, dispuesto á hacer... ¡Pero es de la piel de los gitanos! Cuando pienso que hace doce años que la tengo, que la mantengo y que la cuido, como si fuera una hija... Y aunque la pusiera en un mortero, señor, aunque la triturase usted, no sacaría de ella un adarme de gratitud.

Mels clavó los ojos en la Bavoyer y mostrándole á Teresa más sucia y destrozada que nunca:

—Oiga usted, buena mujer, ¿es acaso su casa el Conservatorio de los harapos? Cuantos más vestidos nuevos doy á esta niña, más viejos los vuelve.

—Señor, voy á decirle á usted; esto depende de su falta de cuidado. Esta niña ensucia todo lo que toca... Así es que le guardo lo más decente para los días de fiesta.

—El caso es señora Bavoyer... ¿Se llama usted así, no es cierto? El caso es que los días de fiesta me parece que para ella debían ser los que venía en mi casa. ¿Por qué no viniste ayer, Teresa?

La niña bajó la cabeza sin contestar...

—¿Preferiste irte de paseo y vender flores?

Teresa lanzó á Mels una mirada de reconvencción, pero permaneció silenciosa.

—Habla—prorrumpió la Bavoyer con voz insinuante, acercándose á la niña.—Dile á ese bueno y excelente señor que no quisiste venir ayer... Habla de una vez...

Y le agarró los brazos con fuerza. Teresa rugió de dolor bajo las garras de la bruja, pero siguió callando.

—Bueno, señora Bavoyer, puesto que la ha traído usted, déjela. La haré servir por hoy todavía, y lo daremos por terminado.

—Ya lo ves, ya lo ves,—gruñó la mendiga—has perdido el afecto de tu protector. ¡Qué habré hecho, señor, para caer en manos de una criatura tan imbécil como esta! ¡Al menos procura contentarle, ya que es la última vez!

Después de despedir á la bruja, Mels se acercó á la niña y mirándola atentamente:

—Ahora que estamos solos, vas á decirme porqué no viniste ayer... ¿verdad? ¿No tendrías miedo de mí?

Teresa con la cabeza baja, como si la llevaran al suplicio, hizo que no.

—Pues bien, siendo así, explícate. ¿Eres tan ingrata como supone la tía Bavoyer? ¿Será cierto que no sabes distinguir el bien y el mal?

La niña sin responder se puso á llorar. Luego, acosada por las preguntas de Mels, acabó por confesarlo todo. Que la tía Bavoyer le había dicho que su fortuna estaba hecha si sabía manejarse, y que entonces le había dado tan

atroces consejos que indignada había tomado la resolución de no volver al taller. Y que sólo á la fuerza su dueña la había conducido aquel día, con las más terribles amenazas, en el caso de que ella no se arreglara de modo que el «señor no pudiera rehusar nada cuando se le pidiera dinero».

Mels, pensativo, se paseó por el taller mirando á hurtadillas á la muchacha que seguía llorando. Aquel paseo pareció que le calmaba los nervios, hasta que deteniéndose ante Teresa:

—Hija mía, esa vieja con quien vives, es un monstruo. Sus proyectos relativos á ti son perfectamente claros. Y lo que no ha resultado esta vez, porque has dado con un hombre honrado, podría sucederte si cayeras en manos de un individuo sin escrúpulos. No obstante, sería conveniente saber si te gustaría seguir siendo una muchacha buena, ó convertirte en una niña perdida, como las que desgraciadamente se encuentran por las calles. Tú eres la que debes darme á conocer tu preferencia... Según lo que respondas, haré.

Entonces con súplicas ardientes, la niña rogó á Mels, que no la abandonara. Y esta vez no había manera de dudar de su sinceridad. Pidió que la tomara en casa en calidad de doméstica, antes que volverla á Montmartre:

—¡Ah, señor! ningún trabajo será demasiado duro para mí, con tal de que yo no vuelva á entrar en casa de la tía Bavoyer... Ella me

comisario mismo, se encargaría de allanar administrativamente todas las dificultades.

De la noche á la mañana Teresa se encontró, pues, elevada al rango de pupila de Mels. Andaba por la casa, ligera y silenciosa, interesándose por todo lo que veía, leyendo con pasión los libros que caían bajo sus manos, embebeciéndose en la contemplación de las carteras en que Mels, desde hacia veinte años, iba coleccionando los mejores grabados.

Una mañana al entrar en su estudio, el pintor sorprendió á su pupila ante una tela, tan absorta en dibujar que no oyó sus pasos. De este modo pudo llegar hasta la muchacha, y con curiosidad observó que estaba copiando un dibujo de Greuse. Púsole una mano en el hombro. Teresa se volvió confusa y ruborizada. Y permaneció allí, con el lápiz al aire, mirando á Mels, llena de inquietud. El, con tranquilidad, tomó la copia, la examinó, y mostrando el original, con algunos breves trazos indicó á Teresa los defectos de su trabajo. Luego, dando un golpecito en la mejilla de la niña:

—¿ Te gustaría aprender á dibujar?

—¡ Oh, sí, mucho!

—Pues bien, te daré lecciones.

Pronto se dió cuenta de que tenía aptitud. Con extraordinaria finura de percepción sorprendía las formas y los colores y los reproducía con absoluta verdad. Su impresionismo ingenuo, y por decirlo así, bárbaro, interesó á

Mels. Puso á la niña, desde el primer día, frente á frente de la naturaleza. Nada de modelos litografiados, nada de academias escolásticas. Tomaba algunas flores, las componía en un jarro sobre la mesa, y decía á Teresa:

—Copia esto. Arréglate como quieras. Blanco, negro, pasteles, usa de los lápices que te gusten, con tal de que obtengas el efecto.

Y Teresa, con asombrosa facilidad, mezclando el lápiz, el carbón, los colores, obtenía un resultado tan extraordinario que el pintor estaba como escandalizado. Un día encontró á la niña ocupada trabajando al lado de la anciana Prudencia. Sentada sobre la ropa blanca, recibiendo la luz de una simple ventana y con la cartera sobre las rodillas, copiaba el perfil del ama de llaves que estaba remendando las camisas de su amo. Mels, permaneció un instante silencioso ante el dibujo de Teresa. Era de una semejanza exactísima, con un mecanismo torpe de principiante. Pero de aquel esbozo infantil se desprendía un sentimiento tan puro y sincero, que el maestro se quedó impresionado. Tomó el papel y dijo:

—No lo toques más, lo estropearías. Fírmalo y pon la fecha. Lo volverás á ver con gusto más tarde, cuando tengas talento.

—¿ Cree usted, que le tendré?—preguntó la muchacha sonriendo.

—Sí, seguramente, si trabajas.

—¡ Ah! no pido otra cosa. Sólo esto me da
vierte.

30643

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1525 MONTERREY, MEXICO

Al día siguiente, la casualidad hizo que uno de los colegas de Mels, ilustre pintor de retratos, una de las glorias de la escuela francesa, visitara su taller, y encontró el dibujo sobre una mesa. Lo tomó, lo miró con curiosidad, y luego dirigiéndose á su amigo:

—¿Qué es este estudio de vieja firmado Teresa?

—¡Ah! ¿también te llama la atención?

—¡Es extraordinario!... ¡Parece un Holbein!

—¿Verdad? Pues bien, amigo mío, es de una picaruela de catorce años, que he recogido por caridad, y que vive conmigo.

—¡Es sorprendente! Preséntamela.

Teresa, llamada, apareció.

—¡Ah! si es la muchacha de tu cuadro *El Motín!*... ¡Es muy linda esta niña! Señorita, ¿quiere usted regalarme su dibujo? ¿Y en cambio le pintaré su retrato?

—Ahí tienes, Teresa ¡te vas á hacer célebre! —dijo Mels, con forzada sonrisa. Cambió de conversación y despidió á su discípula. Reflexionando, quedó sorprendido de la impresión desagradable que le produjo la lisonjera petición dirigida á Teresa. Concibió como una especie de celos.

Se examinó más severamente y observó que Teresa había tomado ya, en sus preocupaciones, un sitio más grande del que él quiso asignarle. Sintió un brusco movimiento de reacción. Deseaba permanecer independien-

te y no sufrir ninguna tiranía, por más dulce que fuese. Había permanecido soltero, y no estaba sometido á ningún enlace regular. Hallábase bien con ese régimen sin desear cambiarlo, ni complicar su vida con los cuidados de una familia improvisada.

Entonces cruzó por su imaginación la idea de que había cometido una tontería encargándose de la huérfana. Luego su natural generosidad se sobrepuso. Resolvió no declinar ninguno de los deberes que se había impuesto, pero se propuso hacerlos lo menos molestos posible. Y esta decisión le condujo á poner á Teresa de pensionista en un colegio para que aprendiera lo que ignoraba: esto es, todo. Había en la vecindad una excelente escuela para niñas. Con gran pesar, Teresa tuvo que asistir á ella desde por la mañana hasta la hora de comer. De este modo Mels, recobró su libertad y su pupila recibió una completa instrucción.

Pero no por ello dejó de dibujar. Las veladas las empleaba al lado de la anciana Prudencia, cosiendo ropa blanca. Como Mels comía todas las noches invitado por familias del gran mundo ó en el casino, Teresa sólo le veía un instante por la mañana, antes de marcharse, y los domingos. Sus relaciones se mantenían en una perfecta corrección. Se hubiera dicho que eran tío ó tutor y sobrina ó pupila.

Mels, tenía entonces cuarenta y cinco años, y conservaba aún el aspecto de guapo mozo